
A photograph of a hospital room, likely an ICU or emergency room. The room is dimly lit with a strong green light emanating from a panel on the wall behind the bed. The bed is in the center, with white pillows and a blue blanket. To the right, there is a medical monitor and other equipment. The floor is dark and reflective. The overall mood is somber and clinical.

GABRIEL ROLÓN

LA VOZ AUSENTE

emecé

GABRIEL,
ROLÓN
LA VOZ AUSENTE

 emecé
escritores argentinos

PRIMERA PARTE

LA OSCURIDAD

Hay momentos en la vida en los que pareciera ser que Dios existe. Instantes fugaces en los que todo se ordena de un modo casi perfecto y el mundo aparenta cobrar algún sentido. Para Pablo Rouviot, este es uno de esos momentos.

Recostado en la butaca, con los ojos cerrados, disfruta del silencio apenas habitado por ese último y casi imperceptible armónico que se niega a abandonar la sala. Sabe que será un silencio breve, apenas el tiempo que requiere el alma para asimilar la emoción. Después, la ovación colmará el ambiente.

Inspira una vez más, contiene el aire y espera, hasta que la sala estalla a su alrededor. Siente el ruido de las butacas e intuye que el público se está poniendo de pie. Quisiera estirar un poco más ese estado de plenitud, pero ya es tarde. La realidad ha vuelto de la mano del aplauso.

Abre los ojos con lentitud y se incorpora. Mueve la cabeza para mirar entre la gente hasta que la distingue, allá, parada en el medio del escenario, con el violín en la mano izquierda y el arco en la derecha. Camila lo ha logrado. Acaba de interpretar el concierto en Mi menor de Mendelssohn, ése que le había prometido tocar a su madre ya muerta cuando ella tenía apenas cuatro años. Hoy, diez años después, ha cumplido la promesa. Y Pablo tuvo mucho que ver con eso.

Cuando la conoció, hace quince meses, era apenas una nena cuyo talento no le alcanzaba para enfrentar la angustia que le provocaba su trágica historia. Ha sido un largo camino, pero ahora, al verla allí, mostrando no sólo su arte sino también su incipiente belleza de mujer, sabe que el análisis ha dado sus frutos.

También Camila lo busca entre la gente hasta que lo descubre. Sonríe conmovida, lo saluda con un pequeño gesto de su mano y la niña reaparece detrás de su disfraz de joven concertista. Él le devuelve el saludo. Ella aprieta los ojos, baja la cabeza y mueve suavemente el arco que golpea las cuerdas a modo de secreto agradecimiento. Pablo se conmueve, pero no es un hombre que se permita mostrar sus emociones, por eso decide irse. Pide permiso y con dificultad llega al pasillo. Es probable que Camila toque algún bis, pero ya ha escuchado lo que quería. La mira por última vez sobre el escenario y ratifica para sí mismo cuánto ama su profesión de psicoanalista.

Sale al foyer y se dirige hacia la puerta que conduce a los camarines. Un hombre vestido de elegante traje negro le cierra el paso con una amable firmeza. Se trata de alguien imponente, y Pablo se siente por un instante como el personaje del cuento “Ante la ley”, de Kafka.

–Disculpe, señor, pero no puede pasar.

–Soy Pablo Rouviot.

Al escuchar su nombre el guardián de negro le sonrío y se hace a un costado.

–Ah, sí, pase, por favor. La señorita Vanussi me pidió que lo acompañara hasta su camarín.

Pablo agradece y lo sigue por un pasillo largo y angosto. “*La señorita Vanussi.*”

Le cuesta identificar a su paciente en ese apelativo. Para él, la señorita Vanussi es la otra, Paula, la hermana mayor, la que fuera a buscarlo hace más de un año con

una propuesta inquietante que lo sumió en un mundo de angustia y locura.

En este tiempo en que ha sido el analista de Camila tuvo que hablar muchas veces con Paula y, en esos encuentros, comprendió que la joven se siente atraída por él. En realidad, lo supo desde el primer momento en que la vio y, si ha de ser sincero, ella también le gusta. No es fácil resistir la invitación de su mirada verde. Sin embargo, es una mujer que le está prohibida. Y no sólo porque es la hermana de su paciente, sino también porque, desde hace tiempo, el amor es un riesgo que prefiere evitar. Sólo aquella relación que tuvo con Luciana hace unos meses le generó alguna esperanza. Pero, como si fuera una obsesión, la soledad había aparecido reclamando su lugar.

Los ruidos que escucha sobre su cabeza interrumpen sus pensamientos y deduce que está pasando por debajo del escenario. Camina unos metros más hasta que el hombre de negro se detiene y abre una puerta.

—Adelante, por favor.

El ambiente está cálidamente iluminado y, sobre una silla, el estuche del violín que guarda un secreto que sólo él y Camila conocen está cerrado.

—Si me disculpa, señor Rouvriot, debo continuar trabajando.

—Por supuesto. Muchas gracias.

El hombre se retira y cierra la puerta tras de sí. Pablo recorre el cuarto con la mirada y advierte que en cada pared hay un espejo.

“El narcisismo de los artistas”, piensa.

En un costado hay un sillón con el tamaño suficiente para que alguien pueda acostarse a descansar y ramos de flores esparcidos por todas partes. Sobre una de las esquinas ve un atril. Se acerca y reconoce la partitura. Sonríe. Camila ha estado estudiando hasta último momento.

Preferiría no estar allí, pero le prometió pasar a saludarla luego del concierto, y un analista no puede dejar de cumplir la palabra que da al paciente. Minutos después, la puerta se abre, Camila entra corriendo y se arroja a sus brazos.

—¡Lo hicimos... lo hicimos!

Él la abraza con fuerza unos segundos antes de hablar.

—Vos lo hiciste. Yo sólo me limité a escucharte. Estuviste maravillosa.

Ella se acurruca aún más contra su pecho, emocionada.

—Te quiero, Pablo. Gracias, muchas gracias por todo.

Él está a punto de responder cuando percibe los ojos verdes que lo miran con intensidad. Sin desprenderse del abrazo, la saluda.

—Hola, Paula. ¿Cómo estás?

—Emocionada, y feliz de verte. Hace mucho que no hablamos.

Se siente incómodo, pero intenta disimularlo.

—No fue necesario —se justifica—. Con Camila nos entendimos muy bien solos en este tiempo. ¿No?

La niña asiente mientras él interrumpe el abrazo.

—Vamos a ir a brindar. Algo íntimo, sólo algunos amigos. ¿Venís? —le pregunta Paula.

—No puedo, te agradezco. Tengo un compromiso —miente Pablo—. Además, ya han sido demasiadas emociones para un solo día.

Se miran una vez más. Es hermosa y lo conmueve como cada vez que la tiene enfrente, pero hace tiempo entendió que esa belleza no es para él.

—Bueno, Camila, andá y seguí disfrutando. Es tu noche.

—Le sonrío Rouviot—. Nos vemos en el consultorio la semana que viene, ¿te parece?

—Obvio, como siempre.

Él le da un beso y saluda.

—¿Te acompaño? —le pregunta Paula.

–No es necesario, puedo encontrar la salida sin ayuda.

Se hace silencio. Paula se le acerca y lo atraviesa con la mirada. Él se inclina y queda a la distancia de un beso. Pien­sa que sería tan fácil averiguar el gusto de esa boca, pero se deshace de ese pensamiento con rapidez.

–Entonces, me voy. Chau.

Se apresura a salir del camarín y, una vez afuera, suspira aliviado. Desanda el camino hasta llegar al hall donde una chica de riguroso uniforme azul y sonrisa ensayada le ofrece una copa de champagne que él rechaza. Sólo quiere llegar a la calle y respirar un poco de aire fresco.

Al llegar a la escalinata, mientras se levanta el cuello del abrigo, siente que lo peor ya ha pasado. Se equivoca.

Enciende el celular y comprueba que tiene ocho llama­das perdidas y un mensaje de texto, todos de Helena, su asistente. Lee preocupado: “Rubio ¿dónde te metiste? Vení urgente a la Terapia Intensiva del Hospital de Clínicas. Te espero acá”.

Sin pensarlo detiene un taxi que llega por la calle Liber­dad y sube.

–Al Hospital de Clínicas. Rápido, por favor.

Intenta comunicarse con Helena, pero una voz le indica que el teléfono está apagado o fuera del área de cobertura. Su pulso se acelera. Sabe que ha ocurrido algo grave. Lo que lo espera, de todas maneras, supera en mucho cualquiera de sus miedos.

Hay momentos en la vida en los que pareciera ser que Dios existe. Instantes fugaces... demasiado fugaces.

– II –

El taxi sigue por Libertad hasta la avenida Córdoba, gira a la izquierda y al llegar a la esquina lo detiene el semáforo. Pablo mira la Buenos Aires nocturna por la que tanto le gusta caminar. Le parece una ciudad casi mágica. Muchas madrugadas lo habían encontrado mirando las luces encendidas de algunos departamentos y dejaba volar su imaginación. ¿Por qué no dormía esa gente, en qué estaría pensando? En su mente armaba historias de amor, de traiciones, de erotismo o de soledad.

La luz se pone en verde y el auto arranca. Cuando pasan por el edificio de Obras Sanitarias recuerda que, siendo muy chico, su padre lo había llevado hasta allí para mostrárselo. Le había dicho que era una construcción única, una belleza arquitectónica. Él asintió, más por respeto que por estar de acuerdo. Por el contrario, le había parecido sólo un edificio de color naranja recargado de detalles. Con los años aprendió a quererlo un poco más.

En ese momento, una ambulancia que pasa lo saca de su ensoñación.

Vuelve a llamar a Helena, maldice al contestador y corta sin dejar mensaje. Está a pocas cuadras y casi no hay tránsito a esa hora. De todas maneras, el viaje le parece eterno.

Intenta calmarse, pero la certeza de la tragedia es más fuerte. Piensa en su madre, a quien no ve desde hace semanas. ¿Le habrá ocurrido algo? Debería visitarla más seguido. Pablo la adora, pero es una constante en él: casi no le dedica tiempo a la gente que ama. Su vida se reparte entre pacientes, conferencias y viajes obligados por cuestiones profesionales. Envuelto en sus pensamientos, ve la facultad de Ciencias Económicas a su izquierda y rememora que alguna vez, siendo un adolescente, subió esas escaleras en busca de un futuro. ¿Cómo pensó siquiera por un instante que podía ser contador? Pero así eran las cosas en aquella época. Ser hijo de una familia humilde obligaba a hacer la secundaria en un colegio comercial porque permitía una salida laboral más rápida y, su paso exitoso por el mismo, lo llevó a inscribirse allí sin pensarlo.

La mole frente a él le recuerda que ni siquiera tuvo tiempo de pasarla mal, ya que al instante comprendió que no quería ese destino, y abandonó la carrera en menos de lo que tardaba el subte en llevarlo desde allí hasta Plaza Italia.

El taxi se detiene y Pablo se sobresalta.

—Llegamos —le informa el conductor.

Paga en silencio y baja del auto. Sube apresurado los escalones sólo para advertir que, a esa hora, esa entrada está cerrada. Baja aún con mayor rapidez y da la vuelta por la calle Uriburu. En Paraguay gira y avanza por la explanada de los automóviles. No se da cuenta, pero va corriendo. Abre la puerta cuyo cartel indica Guardia y busca en vano a alguien que le indique dónde queda la sala de Terapia Intensiva. Sabe que no va a estar en la planta baja. Por una cuestión de tranquilidad y discreción, esos lugares suelen ubicarse en sectores más aislados. Si estuviera buscando el área de Psicopatología le hubiese sido más fácil. Bastaba con imaginar el lugar más feo y escondido del edificio y allí la encontraría. La sociedad tiende a esconder a los locos de la mirada

de la gente. Aquella aseveración de Michel Foucault seguía siendo cierta y aún hoy, a pesar de los avances de la ciencia y la farmacología, las enfermedades mentales siguen provocando miedo, cuando no vergüenza.

Se para frente a uno de los ascensores y aprieta el botón. Nada. Lo mismo ocurre con el resto. Seguramente están fuera de servicio. Maldice para sus adentros y comienza a subir por la enorme escalera de mármol.

Rouviot ama el hospital. Para él, la salud pública es un milagro argentino, uno de los bastiones que todavía permanecen en pie a pesar de la llegada de cierta política que pretende ponerle un precio a todo y que, en su afán por destruirla, fue dejando a los hospitales sin elementos, sin gas, sin mantenimiento y pagando a los profesionales unos sueldos de miseria. A pesar de eso, con una dignidad que enorgullece, el personal resiste y se encarga de hacer todo con casi nada.

Allí están los mejores médicos, los profesores que envidian las universidades privadas, esos que no pueden comprarse con dinero, jugando su prestigio y sosteniendo una enseñanza y una práctica clínica que sigue siendo uno de los orgullos del país. Pablo se ha formado en esos establecimientos y allí aprendió el verdadero significado de la palabra vocación. Por eso los quiere y los respeta, aunque reconoce que tienen un grave inconveniente: son enormes. Tanto que es posible citarse con alguien a una hora exacta en un piso determinado sin poder encontrarse nunca. Ese mundo de pasillos y puertas lo marea, pero aun así continúa yendo de izquierda a derecha sólo guiado por su instinto.

Al llegar al quinto piso se detiene para tomar un poco de aire y ve a un enfermero que, silbando, camina en su dirección. Pablo respira profundo antes de hablar de modo entrecortado.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde se encuentra la sala de Terapia Intensiva?

El hombre le sonríe.

–Se lo ve cansado, pero no pens  que fuera para tanto.

–No. –Suspira–. No es para mí.

–Lo sé. Disculpe, sólo era una broma. Siga por acá hasta el final –señala con un dedo– y gire hacia la izquierda. Va a ver una puerta que dice Rayos. Justo al lado sale un pasillo, y al final una escalera. Suba hasta el décimo piso y doble a la derecha. Es la última puerta.

Pablo lo mira e inspira una vez más.

–Muchas gracias. –Se despide del enfermero.

–Buenas noches, y ojalá todo salga bien.

Pablo ya sabe adónde dirigirse y camina con determinación. Nunca le gustó enterarse tarde de las desgracias. Lejos de huir de ellas las enfrenta, las mira a los ojos. Sólo así ha podido afrontar los momentos difíciles de su vida. Y ésta no va a ser la excepción. Al llegar al piso diez encara por el pasillo apenas iluminado que sale a su derecha. A medida que avanza la sensación de angustia se hace más fuerte. Hasta que all , al fondo, apoyada contra la pared, ve a Helena. Ella levanta la cabeza al escuchar los pasos que retumban en el corredor y va a su encuentro.

Ya est .

En segundos va saber lo que está ocurriendo, y la angustia no será nada comparada con la sensación de vacío y desconcierto.

– III –

–¿Qué decís? –pregunta con incredulidad—. No puede ser.

–Pero es –le responde Helena.

–¿Y cómo fue?

Ella se encoge de hombros y le esquivo la mirada.

–Dicen que fue un intento de suicidio.

–¿Suicidio? Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Te volviste loca?

–Yo no, pero a lo mejor José sí.

Pablo se mueve como si fuera un animal enjaulado mientras sus gestos denotan que se niega a creer en esa posibilidad. Conoce bien a su amigo. Sabe de sus momentos oscuros, sabe también que tiene con qué soportarlos. Además, no ignora que después de mucho tiempo estaba atravesando una etapa feliz.

La voz de Helena interrumpe sus pensamientos.

–De todos modos, todavía no nos dijeron nada. Cuando llegué ya estaba en la sala de Terapia Intensiva. Golpeé la puerta y salió un médico flaquito que está de guardia y me dijo que el estado es reservado.

Pablo se agarra la cabeza y da vueltas en el mismo lugar sin poder reaccionar todavía.

–Rubio, estamos en el horno –sentencia Helena. Él asiente y la abraza.

Rubio, ese apodo que surgió en su época de estudiante secundario debido a su apellido, Rouviot, y que hoy sólo Helena se permite utilizar como privilegio de aquella adolescencia compartida.

—No lo puedo creer —murmura Pablo—. ¿Y cómo estaba cuando lo encontraron?

—Eso nos lo va a informar la policía, supongo. Hay un agente justo en la puerta de Terapia. Pero no te gastes en preguntarle, yo ya lo hice.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Que lo dejaron de guardia sin darle ninguna información.

—Putá madre —maldice—. Y a vos ¿quién te avisó?

—La chica esa que está allá.

—¿Qué chica?

—Aquélla —Helena señala el final del pasillo—. La que está sentada en ese banco. Tenía una tarjeta tuya, y como ahí no figura tu teléfono sino el mío, te quiso avisar a vos y me enteré yo. Parece ser que fue ella quien lo encontró y llamó al 911. Se la llevaron a declarar y después vino directo para acá. ¿La conocés?

Pablo se asoma y la ve. Con el pelo oscuro y largo que le cubre la cara y cae hasta las rodillas, la cabeza inclinada entre las manos y una actitud de inmensa desprotección.

—Sí, la conozco —responde y camina hacia ella.

Candela Montero apenas si percibe la mano que toca su cabeza con afecto. Levanta la vista y lo reconoce. Sus ojos se humedecen y la voz que se le quiebra vuelve inaudible el saludo. El hombre se pone en cuclillas, ella se arroja a sus brazos y suelta un llanto que viene conteniendo desde hace horas. Pablo también quisiera llorar, después de todo el que está peleando por su vida es su mejor amigo, pero sabe que no puede. No en este momento. Ahora necesita de toda su

entereza para contener a la joven y comprender qué está pasando.

Unos instantes después, Candela se separa y lo observa. Repara en un resto de rímel que le ha dejado en la camisa e intenta sacarlo con un dedo.

—Te he manchado todo —le dice con marcado acento andaluz. Pablo se mira.

—No tiene importancia. Contame qué pasó.

—Pues, que no lo sé. Habíamos quedado con José en que lo pasaría a buscar a las ocho. Llegué y toqué el timbre de arriba por si aún estaba con pacientes y, como no me respondía, decidí entrar con mi llave. Había tanto silencio que tuve miedo. Sin embargo, todo parecía estar en orden, tanto en la sala de espera como en la cocina. Hasta que llegué a su consultorio.

Hace una pausa y vuelve a quebrarse. Él le acaricia el rostro y espera hasta que ella pueda continuar.

—Parecía como si estuviera descansando, con la cabeza un poco girada hacia la derecha. Lo llamé pensando que estaba dormido, pero luego vi la sangre en el piso y recién allí me di cuenta de que había un revólver caído a sus pies. Me acerqué, lo toqué, le hablé intentando hacerlo reaccionar, hasta que me di cuenta de que era inútil. Entonces llamé al 911 y avisé a la policía. —Pausa—. Dime, Pablo, ¿José va a morir?

La pregunta es directa y fatal. La mira y ni siquiera tiene que pensar la respuesta. No va a mentirle ni apelar a esas frases de ocasión que invitan a la fe. Hace tiempo que ha aprendido a no caer en las redes fatales de la esperanza.

—No lo sé. Todavía no pude hablar con nadie y ni siquiera entiendo qué estamos haciendo acá. Esto parece una pesadilla.

Ella asiente.

—¿Sabes? La policía me ha dicho que seguramente volverán a interrogarme. ¿Qué más podría decirles, si no sé

nada? A no ser que sea sospechosa de algo, pero tampoco sé de qué, si José... –se interrumpe angustiada—. Pues, que se ha disparado él mismo. ¿O no?

Pablo hace una pausa antes de responder.

–Es probable. Pero vos lo encontraste, y en esta circunstancia no pueden descartar a nadie. –Percibe el temor en su mirada y la acaricia—. No tengas miedo. No voy a dejarte sola.

Candela lo mira, asustada pero agradecida.

La puerta de la sala de Terapia Intensiva se abre y la voz de un médico de extrema delgadez los interrumpe. En el guardapolvo tiene bordado su nombre: Dr. Daniel Antúnez.

–Familiares de José Heredia.

Ambos se ponen de pie y Helena se acerca corriendo. Pablo siente que su corazón se acelera. Intenta leer en la actitud del médico lo que tiene para decirles, pero no puede. El gesto de indiferencia es parte de las condiciones que desarrollan quienes trabajan en la frontera entre la vida y la muerte. Y, a pesar de su juventud, el doctor Antúnez ya lo ha adquirido.

– IV –

–¿Usted quién es? –pregunta el profesional a Pablo.

–Un amigo.

–¿Y usted, señora?

–Una amiga, también –responde Helena.

El doctor interroga ahora a Candela quien, sin saber qué responder, mira a Rouviot.

–Ella es la mujer –contesta él.

–¿Qué? –pregunta Helena, con voz apenas audible–. Rubio, es una joda, ¿no?

–Callate. Después te explico.

Ajeno al comentario, el médico se dirige específicamente a Candela.

–Señora, su marido está grave. Entró al hospital en shock y en estado de coma, con un cuadro clínico muy delicado debido a una herida de bala. Estamos intentando estabilizar sus signos vitales, razón por la cual lo intubamos, comenzamos a pasarle algunas drogas y en este momento está conectado en ARM.

–¿Qué es eso? –murmura Helena a Pablo.

–Asistencia respiratoria mecánica.

–¿O sea?

–Que está enchufado a un respirador artificial.

Helena cierra los ojos y mueve la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Y cuáles son los próximos pasos? —pregunta Pablo.

—Bueno, en cuanto esté emodinámicamente estable lo vamos a llevar para hacerle una Tomografía Computada y ver si podemos intervenirlo. Pero eso ya lo decidirá el cirujano cuando llegue.

—¿Puedo preguntarle quién es?

Antúnez señala con la cabeza la plantilla en la cual figuran los miembros del servicio.

—El jefe de Neurocirugía.

Pablo mira, reconoce el nombre y su gesto se ensombrece. El doctor Ramón Uzarrizaga es, tal vez, el especialista más capacitado que haya en el país.

—¿Lo conocés? —le pregunta Helena.

—Sí. El Gitano y yo lo tuvimos como titular de Neurofisiología en la facultad. Es una eminencia.

—Mejor, entonces. ¿Por qué lo decís con tanta preocupación?

—Porque imagino que nadie molestaría al jefe del servicio a esta hora a menos que el caso sea muy grave.

Candela lo mira angustiada.

—Bueno, señora —continúa Antúnez—, esto es lo que puedo decirle por ahora. Si todo va como esperamos, en unos minutos le haremos el estudio y entonces podremos comunicarle algo más. Con permiso.

El médico se retira y los tres se miran en silencio. De pronto, como si un pensamiento se le hubiera impuesto, Pablo toma una decisión.

—Me voy.

—¿Adónde? —pregunta Helena sorprendida.

—Al consultorio del Gitano.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quiero verlo y... —se interrumpe—. ¿Qué querés que te diga? No me entra en la cabeza que José se haya querido matar, y puede haber quedado algún rastro, algo que ayude a la investigación.

—Pero ya está la policía en el lugar, y ellos saben mejor que vos cómo se procede en estos casos —le señala Helena.

—Sí, ya lo sé. Pero es justamente eso: un caso. Y para ellos todos los casos son iguales, en cambio para mí no. —Hace una pausa—. Imagino que deben estar fumando y haciendo chistes mientras esperan que llegue el delivery con la pizza.

Helena intenta interrumpirlo, pero Pablo la detiene.

—Perdoname. Ya sé que es parte de su trabajo y lo entiendo, pero igual necesito ir para allá.

—No te van a dejar entrar, Rubio. Ese lugar ya no es el consultorio de tu mejor amigo, ahora es la escena de un delito —duda—. De un crimen, o como mierda se diga.

—No te preocupes por eso que yo lo arreglo.

Ella lo mira intrigada.

—¿En qué estás pensando?

—No importa. —Suspira y mira a Candela—. Vos ocupate de cuidarla, y por ningún motivo la dejes sola. ¿Entendiste? Y en cuanto haya alguna novedad me llamás.

—Sí, señor —responde con ironía.

Pablo le sonrío, acaricia una vez más a Candela y se pierde recorriendo el mismo pasillo por el que había llegado minutos atrás. Las dos mujeres se quedan en silencio frente a la puerta de Terapia hasta que Helena la mira con ternura y le pone una mano sobre el hombro.

—A ver, gallega, decime ¿cómo es eso de que vos sos la mujer del Gitano?

Candela la mira algo asustada. Pero sabe que, si Pablo la ha dejado a su cuidado, debe confiar en ella. Y si algo necesita en este momento es poder confiar en alguien.